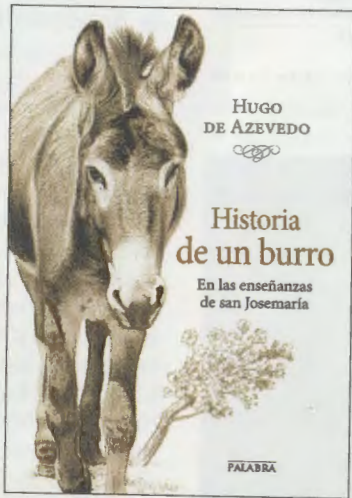


El libro *Historia de un burro* (En las enseñanzas de San Josemaría) (Ed. Palabra) del sacerdote portugués del Opus Dei **Hugo de Azevedo**, (por cierto, las ilustraciones de **Fernando Ferreiro**, con diversos dibujos del burro a carboncillo, están logradísimas), toma pie de uno de los tics recurrentes en la predicación y enseñanza constante de Josemaría Escrivá y cuenta su origen en 1938 durante un viaje por tierras de León; el mensaje lo encontramos también en el librito *Camino*: «Fijaos que el pobre burro está dando nada menos que todo lo que tiene, con toda paciencia. Y nos da ejemplo de cómo tenemos que servir a Dios». Por lo dicho, se entiende que resulta habitual encontrar sobre las mesas de los miembros del Opus Dei un burrito que mueve la cabeza al menor movimiento del mobiliario y, de ese modo, les sirve de provocación para el recuerdo de las virtudes del burro que conviene imitar en la vida cotidiana. Confiesa Hugo de Azevedo



que se lo enseñaba con cierto encanto y humor el fundador del Opus Dei, Esta es la «teología del borrico», la que se encuentra en el nº 998 de *Camino*. El burro es un catedrático por las lecciones que nos da, solía decir Escrivá. El bestiario es un género literario que se da en todas las culturas: los animales hablan y sirven de modelo de ciertos comportamientos ejemplares o morales. El burro es la figura y prototipo de la perseverancia, de humildad, de fortaleza, de docilidad, de sencillez. Con comentarios jocosos-espirituales, el fundador del Opus Dei continuaba una línea pedagógica, que ya estaba en algunos escritores de la mística clásica. Hugo de Azevedo toma pie de esa «teología del borrico» de la que hemos hecho mención y va comentándola con la incorporación de diversas enseñanzas vertidas a lo largo de otras intervenciones de Escrivá.

La Ed. San Pablo inicia una colección, con el nombre de Alternativa-S, bajo la

dirección de María Ángeles López Romero, con la que pretende aportar una mirada alternativa y crítica a la actualidad y las temáticas sociales, y ha considerado que nada mejor para iniciarla que el libro *Los hombres del saco* (*Resurgir la trama de los bebés robados*), firmado por el periodista andaluz que ha trabajado en «*El Correo de Andalucía*» y «*Público*», entre otros. Pero, sin duda, el mejor libro de esta colección es el de **Javier Fariñas**, redactor jefe de «*Mundo Negro*», titulado *Periodismo de mandarina* (*Cuaderno de viaje sobre la pobreza en los medios de comunicación*), donde el autor pone orden a sus experiencias, sus recuerdos y al personal cuaderno de notas que fue elaborando durante sus viajes a una decena de países a fin de contar la existencia de los desheredados de la tierra y los oprimidos, ya que no suelen ser recogida por los grandes medios de comunicación. También encontramos en esta colección libros como el de **Begoña Olabarrieta** *El quinto país del mundo* (*1 historia, 214 millones de migrantes y 10 prejuicios*) sobre el fenómeno de las migraciones en contextos de hambruna y de guerras, y el de **Marta Gómez Casas** *Eva encadenada* (*Análisis y denuncia de la violencia sexual contra las mujeres en el mundo*) con datos y testimonios que sirven para denunciar la impunidad y el silencio que rodean a estos hechos... ■

Miguel de Santiago

La diócesis de Málaga ofrece una muestra de iconos bizantinos

La muestra de una treintena de iconos bizantinos *La Luz del Oriente*, organizada por la delegación diocesana de Ecumenismo y Diálogo Interreligioso y las parroquias ortodoxas rumanas de San Juan Bautista, en Málaga, y la de los Santos Mártires, en Valdemoro (Madrid), puede visitarse hasta el 17 de julio en el palacio episcopal de Málaga. «La idea de la exposición —en palabras de **Rafael Vázquez**, delegado diocesano de Ecumenismo— es provocar un punto de encuentro a nivel ecuménico en un ámbito al margen de lo que se viene haciendo hasta ahora. Se trata de pasar del diálogo intelectual o teológico y del diálogo a través de

oración, a lo que podríamos llamar el “ecumenismo de la belleza”. Y añade también que, «para los ortodoxos, un icono no es solo una pintura. Es el modo de establecer una relación entre el hombre que reza y Dios, a través de la imagen de Cristo, de la Virgen y de los santos. Antes de pintar un icono, el pintor se confiesa, ayuna, reza con devoción y una vez que ha establecido ese contacto con Dios es cuando prepara la madera, busca el colorido que tiene siempre una simbología y, cuando ha terminado el icono, lo lleva a la Iglesia, donde el párroco hace una oración especial y lo bendice. Entonces pasa de ser una obra de arte a ser un icono». ■